

Este año editamos el número 12 de nuestra revista *Illapa* y nos parece que fue ayer cuando un grupo de investigadores y amigos nos reunimos para estudiar la manera de sacar adelante una publicación que atendiera los temas de museología e historia del arte y que llenara ese vacío en el Perú. Nos sobra optimismo y las ganas de trabajar en temas tan apasionantes. También la seguridad de contar con el apoyo incondicional de nuestro rector, el Doctor Iván Rodríguez Chávez, quien vio desde el principio la importancia y necesidad del proyecto. Han pasado doce años y esperamos que *Illapa* haya cumplido con los objetivos que se propuso desde su creación y siga siendo una tribuna de opinión y estudio en nuestro medio cultural.

Hay signos de que la museología en el Perú está entrando en una segunda fase que podríamos llamar de profesionalización que se distingue de la primera, la de los tanteos, el amateurismo y la improvisación. Nos estamos alejando, poco a poco, de los proyectos absurdos encargados a no profesionales, anunciando las bases tardíamente y a veces sin que medie siquiera un concurso. Se ha visto tristemente como estos encargos se han quedado a medio camino, luego de dispendiosos estudios que no han conducido a nada. Hoy se respira nuevos aires y queremos mencionar dos casos que nos llenan de orgullo y satisfacción y que nos devuelven la fe en el museo peruano.

El primero tiene que ver con el Museo de Arte de Lima (MALI), que ha abierto sus salas del segundo piso luego de varios años en remodelación. El MALI se ha posicionado como un museo ejemplar que debe sus éxitos a una gestión moderna e independiente: está conformado por un Directorio de personas relacionadas con la industria y las finanzas; una Dirección acertada asistida por un equipo de profesionales, investigadores, conservadores y museógrafos de primera línea y, además poseedor de una colección de arte peruano, selecta y valiosa, que va desde el mundo pre-colombino hasta el arte contemporáneo. Hay que agregar una preocupación constante por los públicos a los que ofrece programas de gran interés y una biblioteca, sin lugar a dudas, la más importante en Lima sobre Arte del Perú y del mundo. Después de haber logrado estos éxitos a costa de una gestión inteligente y un trabajo profesional, me pregunto si el MALI no podría convertirse en un modelo para los museos nacionales desatendidos por la burocracia estatal.

El segundo es un caso verdaderamente sorprendente, ejemplo combinado de constancia y profesionalismo, me refiero al Museo de Sitio de Pachacamac, a punto de inaugurarse, luego de diez años de trabajo burocrático agotador, pero no al extremo de hacernos

perder la fe. En el año 2005 gana el concurso para el diseño del referido museo la firma Llosa-Cortegana arquitectos siendo director del Instituto Nacional de Cultura el doctor Luis Lumbreras. Avanzó en las gestiones de la doctora Cecilia Bákula y luego de la conversión del Instituto Nacional de Cultura en Ministerio de Cultura, justo durante la gestión del doctor Luis Peirano, el proyecto comienza a caminar hacia la recta final pero bajo la atenta y activa participación de la directora del museo, Denise Pozzi-Escot. ¡Han pasado diez años pero se ha logrado!

El proyecto, como arquitectura, revela un estudio previo inteligente que ha tenido en cuenta, primero, el programa de necesidades de un museo de sitio, donde no se les ha escapado ningún detalle a los arquitectos, como por ejemplo un programa de conservación de los especímenes y su inclusión en el diseño del edificio. Esto revela un trabajo, codo a codo, con la directora del museo, la única que sabe las reales necesidades de su institución, dejando al descubierto una de las fallas garrafales del diseño de museos en el Perú, donde se pone énfasis en la arquitectura exterior y se descuida el interior. Por eso vemos, no sólo en el Perú, ese afán de monumentalismo y exotismo de algunas edificaciones ya famosas. En el museo de Sitio de Pachacamac se ha evitado todo gesto grandilocuente. Al llegar, y desde los estacionamientos, el muro cara vista del museo nos oculta la huaca monumental que va dejando ver sus perfiles conforme entramos a los patios y calles que circundan el edificio: la vemos completa e imponente desde una plataforma o mirador donde podemos descansar luego de la visita y extasiarnos con el panorama. La museografía, que es sobria, con más imágenes que textos, conduce al espectador por los espacios bien iluminados y nos da una idea certera del monumento y la importancia que tuvo como centro ceremonial en el antiguo Perú. Este pequeño gran museo es un ejemplo de buen diseño al servicio de la museología que estoy seguro tendrá mucho éxito. También un ejemplo de buen manejo de los fondos, aprovechados al máximo dentro de un plan claramente trazado por los profesionales. Diez años para construirlo con un presupuesto mínimo de 10'000.000 de soles: ¡un millón por año!

Esta fe compartida nos lleva al agradecimiento. En las pocas líneas que quedan, no por eso menos importante, quisiera agradecer a todos nuestros colaboradores que generosamente han escrito para la revista durante estos doce últimos años; son muchos, pero igualmente contagiados por el entusiasmo de llevar adelante el proyecto. A los miembros del Instituto de Investigaciones Museológicas y Artísticas: Claudia Balarin de Mujica, Kelly Carpio Ochoa, Ricardo Estabridis Cárdenas, Natalia Majluf Brahim, Ramón Mujica Pinilla, José Carlos Mariátegui Ezeta, Jorge Villacorta Chávez, Luis Felipe Villacorta Ostolaza, Luis Eduardo Wuffarden Revilla, María Eugenia Yllia Miranda. Al Consejo Editorial. A Fernando Torres Quirós, Director Cultural del ICPNA por su incondicional y oportuno apoyo. A la Asociación Gráfica Tarea S.A. por su diligencia y puntualidad. A la señora Silvia Beatríz Suárez Moncada y a Ronald Leone.

El Director